

Juan Comas en el recuerdo

Manuel BALLESTEROS GAIBROIS
(Universidad Complutense de Madrid)

En este *in memoriam*, recordatorio de su extraordinaria personalidad y obra, de Juan Comas, no quiero que mis palabras falten, máxime apareciendo dentro de las actividades del Departamento de Antropología y Etnología de América, de la Sección de Historia de América, cuyos conflictivos problemas —como todos los de la organización de la ciencia y la docencia— presido y pretendo dirigir. Y también porque fui un entrañable amigo de Juan Comas, nacida de una colisión, y fortalecida por una cordialísima comprensión.

Como todo lo que fue Juan Comas se dice ya sobrada —y autorizadamente por obra de otros—, no voy a repetir los méritos que le adornaron, para orgullo de su patria balear, de España y de Méjico. Pedagogo, antropólogo, culturólogo, maestro de generaciones de graduados mejicanos, maestro de estudiantes españoles de nuestra Facultad, adiestrados en la comprensión de los problemas científicos, a través de los cursos que mantuvo en el Seminario Español de Indigenismo Americano, o en las actividades docentes de nuestra Facultad, siempre sobre sus temas, no sólo favoritos, sino especializados. Sería inocente que yo, con otras palabras, dijera los mismos conceptos que, con conocimiento, han expuesto quienes valoran su obra, por otra parte quizá con más valía que yo, por amigos o por antropólogos.

Quiero sólo aportar un informe personal, por mi experiencia directa, de lo que fue la hombría científica, su insobornable honradez de investigador y de maestro. Destaco sus características más visibles, aparte de las de base, sobre las cuales edificó su vida y su obra. Estas características fueron su *espíritu liberal*, su santa *intransigencia ante la mixtificación* o la utilización de la ciencia con fines personales, y su *vocación de científico*.

Pretendo probar el ejercicio de estas virtudes —no puedo llamarlas de otro modo, aunque suene a vocabulario trasnochado— con ejemplos vividos o presenciados. Debo decir, por adelantado que él y yo, en nuestros primeros encuentros —epistolares— nos creíamos en campos adversos: él exiliado, yo dentro de la estructura de un régimen que él juzgaba ilegal, obtenido por la fuerza, no democrático. El decirlo es importante, porque, como se verá, ambos supimos superar esta barrera artificial (artificial, porque era ajena a la ciencia a la cual los dos habíamos vocacionado nuestras vidas).

El ejemplo es claro. Apareció el libro sobre *Antropología* del profesor español José Pérez de Barradas, al que él hizo una de sus críticas minuciosas y —también por su enorme sabiduría y método— destructiva. El profesor P. de Barradas, le contestó en la *Revista de Indias*, de la que yo era entonces —años ha— vicedirector, y Comas me escribió lamentándose que la réplica tendría que hacerla en una revista americana, que no sería leída por los que habían conocido la respuesta del autor criticado. Yo le brindé inmediatamente la oportunidad de utilizar —según las leyes de imprenta más liberales— nuestras propias páginas y tribuna. Y así sucedió. Allí, entonces, comenzó una comprensión y una amistad que sólo la muerte ha cortado.

Muchos encontrarán este espíritu liberal de Comas en contradicción con la que él adoptó frente a lo que juzgaba manipulaciones de la ciencia en provecho personal. Esta es su segunda característica, que ha denominado *intransigencia ante la mixtificación*. Su ejemplo más característico es su actitud frente al antropólogo Genovés, por el que siento gran aprecio personal, valga la aclaración, que éste juzgó siempre como una «persecución», no siendo en realidad más que una actitud —por parte de Comas— de salvamento del prestigio de una profesión para él sagrada: la de antropólogo, sin mercantilización de una *mercancía*, llamémosla así, que es tradición entre nosotros que se ofrezca gratis.

Y, por último, su *vocación de científico*. Vocación vacía de vanidades y amores propios personales. Varios congresos internacionales nos reunieron, y nos tocó estar en comisiones decisivas, que podrían marcar rumbos de la ciencia en lo futuro. Nuestras deliberaciones condujeron siempre a conclusiones en las que se salvaba la pureza de la ciencia, sin que apareciera su nombre como redactor de tal o cual propuesta o decisión, sólo al servicio de la ciencia. Vocación y servicio al progreso y avance —y adcentamiento— de la vida científica, fuera de pasiones personales, de subordinaciones a credos religiosos o políticos, porque la Ciencia, fueron sus palabras, sólo persigue el encuentro de la Verdad, como en tiempos de Sócrates.

Este es el hombre del que yo puedo hablar, y que diría, parodiando a una revista de multitudes, «mi personaje inolvidable».